

De vez en cuando me encuentro con personas que me preguntan si he tenido una experiencia de Dios. Las personas preguntan de muchas maneras. Una manera frecuente es, «¿Conoces al Señor Jesús como tu salvador personal?» Como la mayoría de ustedes saben, fui criado en Mississippi como un protestante. En la iglesia protestante en la cual crecí, la enseñanza fue que toda persona debe tener una experiencia de Dios como la de San Pablo cuando él estaba en el camino a Damasco. En ese momento era conocido como Saulo, y como sabemos por el libro de los Hechos, estaba en el camino a Damasco, «proyectando violencias y muerte contra los discípulos del Señor». «Mientras iba de camino,» él dijo, «. . . le envolvió de repente una luz que venía del cielo. Cayó al suelo y oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Le preguntó: «¿Quién eres tú, Señor?» Y él respondió: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues»». Desde ese momento, Saulo se convirtió en una persona completamente diferente. De acuerdo con las enseñanzas de la iglesia protestante en la que crecí, una experiencia como la de San Pablo es necesaria para la salvación.

Los jóvenes—quizás todas las personas, por cierto muchas personas—están buscando la orientación, dirección, sentido, y esperanza. De vez en cuando pienso de un joven, que fue criado en una familia católica. Me preguntó si alguna vez yo había tenido una experiencia mística. Cuando le pregunté lo que tenía en mente, me dijo, «¿Alguna vez se le ha aparecido Dios o hablado?» Yo le dije, «Sí», y él quiso que le contara acerca de mi experiencia». Mientras hablamos, yo llegué a comprender que éste joven estaba preguntando y buscando una experiencia dramática y extraordinaria.

Tal vez él estaba recordando la experiencia de San Pablo. Tal vez estaba recordando que Dios le apareció a Moisés en la zarza ardiente. O quizás él estaba recordando que Dios le dio a Moisés los Diez Mandamientos en el Monte Sinaí donde hubo «truenos, relámpagos y una espesa nube»; «el monte Sinaí entero humeaba» y hubo fuego y «toda la montaña temblaba». O quizás él pudo haber estado pensando acerca de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, cuando «un ruido, como el de una violenta ráfaga de viento . . . llenó toda la casa [Y] aparecieron unas lenguas como de fuego . . .». Tal vez estaba pensando de algunas de las historias de los santos y de cómo Dios se les apareció. Lo que entendí fue que quería una experiencia igual de la de otras personas, una experiencia que fuese dramática e inequívoca.

Pero todos nosotros somos diferentes, y Dios nos habla de muchas maneras. No hay ninguna fórmula; no hay palabras mágicas. Y no hay una única-en-su-especie experiencia de Dios. Cuando Pedro, Santiago, y Juan estaban en el monte con Jesús durante su transfiguración, Pedro pareció creer que sabía exactamente lo que debía ser hecho: «Señor ¡qué bueno sería quedarnos aquí! Si quieres, haremos aquí tres chozas, una para ti, otra para

Homilía del 7 de Agosto de 2011

Moisés y otra para Elías». Pero Dios le dijo a él: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias, escúchenlo». Escúchenlo. Eso es en efecto lo que la Santísima Madre les dijo a los sirvientes en la boda de Caná: «Hagan lo que él les diga». Tenemos que dejar de hablar y escuchar. Dejen que Dios sea Dios para que pueda responder en la forma en la cual podemos escuchar, por que Dios nos habla a cada uno de nosotros en la forma en que podemos escuchar y responder.

En nuestra primera lectura de hoy escuchamos el recuento del profeta Daniel. No es sorprendente que, siguiendo esta visión, Daniel le dice, «Yo Daniel seguía allí. Mi espíritu estaba perturbado por todo eso, pues esas visiones me habían aterrorizado. Me acerqué . . . [al ángel] y le pedí que me dijera todo lo qué realmente había visto». El ángel entonces le contestó, explicándole a Daniel que lo que él había visto era una visión de Dios y del Mesías que vendrá en respuesta a las lamentaciones del sufrimiento de su gente.

Muchas personas vienen a Santa Cecilia a la capilla para rezar durante el día e incluso durante la noche. Los Católicos y no Católicos por igual vienen aquí, me dicen, porque es el único lugar de oración que está siempre disponible. Algunos me han contado historias de cómo Dios les habló en la capilla, de lo que escucharon y vieron. Es muy raro que dos personas tengan aún similares experiencias. No debemos tratar de decirle a Dios cómo debe revelarse a nosotros. Recuerdo con tristeza un joven que dijo que vino una vez cada semana a la capilla, y nada le pasó. ¡Ay! Él esperaba un evento espectacular.

No sé por qué algunas personas tienen una experiencia dramática de Dios y otros no, pero yo sé que todos nosotros necesitamos estar abiertos a cualquier manera en la cual él nos hable. Él puede hablar en un susurro; él puede hablar a través de otras personas. Fue a través de dos miembros de esta parroquia y el párroco que recibí la llamada de Dios a ser un diácono. Al principio, tenía miedo, pero luego me sentí absolutamente en paz. Ésa es la prueba que la Iglesia nos da: ¿Trae la experiencia confusión y conflicto o trae paz? Cuando Dios nos habla y estamos abiertos a él, él traerá la paz igual a la paz que le trajo a los apóstoles en el barco azotado por el viento o en las palabras de San Pablo:

No se inquieten por nada; antes bien, en toda ocasión presenten sus peticiones a Dios y junten la acción de gracias a la súplica. Y la paz de Dios, que es mayor de lo que se puede imaginar, les guardará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús (Filipenses 4:5b-7).

Ruego que Dios nos de a todos nosotros esta paz. Amén.